

# NUEVO ROSTRO DE LA VIDA RELIGIOSA: INTERCONGREGACIONALIDAD

Hna. María Luisa Berzosa González, FI

## ANEXO n° 5



### Resumen

Hablar hoy de intercongregacionalidad es recordar una vez más, que la Vida Religiosa tiene una identidad y que la misma va apareciendo a lo largo del tiempo con diversos subrayados, precisamente para que la fidelidad a los carismas recibidos responda al Señor de la historia en cada etapa de la misma. Ha de mantenerse siempre fiel a sus orígenes, pero tiene que irse adaptando al devenir de los tiempos, escuchando al Espíritu que clama en medio del mundo, a veces con susurros, pero otras veces con gritos que no podemos dejar de escuchar.

***Pretendemos en este artículo poner de relieve ese rostro con el que hoy la Vida Religiosa debe aparecer ante el mundo para poder ser sal y luz, que no se muestre desfigurado, sino que sea luminoso, inteligible, abierto, acogedor.***

Nos parece urgente también pasar a los hechos, aún tenemos resistencia a dar pasos concretos y reales en el tema de la intercongregacionalidad, creemos que aún podemos sostener nuestras propias obras, sin caer en la cuenta de que este tema no es solamente cuestión de números y fuerzas, sino que está en la eclesiología de comunión y que viene siendo recordado por la Iglesia.

**Palabras clave:** Apertura, comunión, sinodalidad, signo, discernimiento



## 1. ¿Nuevo rostro? ¿dónde está la novedad?

Hace tiempo venimos hablando de un nuevo rostro de la Vida Religiosa. El rostro es el lugar de la persona que se ve a simple vista, nada más al encontrarnos con ella nos aparece su rostro, aunque podemos dejar de verlo; pero a veces no miramos bien el rostro de la Vida Religiosa, no lo vemos, o se desdibuja, o se muestra desfigurado.

Según la RAE el rostro tiene estos sinónimos: cara, semblante, aspecto característico de algo o de alguien. Claro que este rostro va cambiando y ¿siempre es nuevo? ¿Qué permanece y qué modificaciones se dan? El rostro cambia para ser fieles a la dinámica de los tiempos y ojalá a la escucha del Espíritu.

Y como no podemos dejar de situarnos en el aquí y ahora que nos toca, en un mundo aún más globalizado por la pandemia, en esta crisis que ya lleva más de un año y va dejando marca en nuestros rostros y sobre todo en el corazón, nuestro semblante también se ha desfigurado, se ha trastocado, han aparecido arrugas y cabellos blancos y el cuerpo no se mueve con la agilidad necesaria. ¿Nos estamos envejeciendo? ¿Estamos poniendo años a la Vida Religiosa pero no Vida Religiosa con sentido a los años? ¿Qué es lo que desfigura nuestro rostro? Hablemos con sinceridad porque no queremos maquillarnos ni disfrazarnos, en resumen, aparecer como no somos; pero es cierto que el rostro debe cambiar para ser fieles al ahora que se nos pide. Parece un juego de palabras, pero creo que tiene su sentido.

“Si todo está en permanente cambio sería ingenuo pensar que el modo de vivir la fidelidad sea inmutable. La fidelidad es una realidad cultural que se construye eclesial y socialmente a lo largo del tiempo. No es una realidad esencialista, inmutable en la historia, sino que podemos discernir contextualmente su realidad, su significado, su tradición, su modo de vivirla y expresarlo *según tiempos, lugares y personas* cambiantes. Por eso la *fidelidad permanentemente* se recrea”.

¿Nos sucede esto en la Vida Religiosa? ¿Cómo vivimos esta fidelidad dinámica? No puedo dejar de pensar en cuanto nos ofreció el Concilio Vaticano II. Juan XXIII tuvo el sueño magnífico de invitarnos a la renovación volviendo a las fuentes y también con *aggiornamento*, es decir, ponernos al día para ser inteligibles, para que nuestra vida se capte en su hondo significado.

Han pasado más de 50 años y ese lema podemos decir que nos interesa mucho hoy, para que la Vida Religiosa tenga un rostro vivo, revitalizado por el paso de los años, lleno de sabiduría por la experiencia acumulada y por ser un signo claro para el futuro.

Claro que antes de seguir hablando de la Vida Religiosa en conjunto, que puede sonar a abstracción, es preciso preguntarse en primera persona. ¿Cómo está mi rostro de mujer consagrada? Tiene arrugas, sí, claro, es la historia de mi vida, está ahí reflejada, también en el cabello blanco y ¿cómo está mi corazón?, ¿fresco o mustio?, ¿floreciente o necesita agua? No puedo menos de recordar el texto de Proverbios: “Por sobre todas las cosas cuida tu corazón porque de él brota el manantial de la vida” (Proverbios 4, 23). En este sentido las relaciones de fidelidad a Dios, a uno mismo y a los otros, a la naturaleza también quedan afectadas por tanto cambio e incertidumbre al sentirnos más que nunca vulnerables e inseguros sanitaria y económicamente, política y socialmente. Para estos retos necesitamos de organizaciones religiosas nuevas, igual que el vino nuevo necesita de odres nuevos.

Nos sucede que a veces llevamos tiempo, y casi nos hemos acostumbrado, con un rostro más o menos desfigurado por el paso del tiempo y no somos conscientes. Tenemos que cambiar la mirada o mejor renovar el rostro. Señalar aquello que ya no sirve o que está clamando por abrirse paso a la novedad del Espíritu y tener la audacia de dejar algo que ya ha envejecido no solamente desde las arrugas en la piel, sino, sobre todo, desde el corazón.



Pero hoy estamos en otro tiempo; la crisis global causada por la pandemia del Covid-19 está afectando a la humanidad y por tanto a la Vida Religiosa. No nos quedamos fuera, sería un síntoma grave que no fuéramos tocadas como parte de la humanidad. Por mucho que miremos para otro lado no podemos esquivarlo, el rostro está ahí frente a nuestra cara, a nuestro lado y tiene unas características muy determinadas.

¿Qué instrumentos necesitamos en estos tiempos tan especiales, para renovar nuestro rostro? No podemos dudar de algunos de ellos, que siempre nos han acompañado y que hoy hemos de intensificar: una doble escucha a la Palabra y a la realidad, o mejor, el saber leer la realidad con los ojos abiertos a la luz de la Palabra. Seguro que ahí estamos de acuerdo, pero ¿a qué nos impulsa todo esto? ¿A mantener una actitud estática? seguro que no.

## 2. ¿Cuál es el nombre nuevo?: intercongregacionalidad

En este tiempo, se le puede aplicar lo que dice el profeta Isaías: **“Algo nuevo está brotando ¿no lo notáis?”** (Is 43, 19-21). Hay cosas que se van dando de una forma que pudiéramos decir espontánea, así como el tema de las relaciones interpersonales entre miembros de diversas familias. Asimismo, en la Vida Religiosa, bien sea por estudios o por servicios, en muchos campos de misión va siendo connatural, sin temor a equivocarnos, ya que son signos del Espíritu que se manifiesta en compartir muchos campos y en diversas congregaciones. Sé que los cambios nos dan miedo, provocan resistencias, pero para la intercongregacionalidad no se puede esperar demasiado tiempo, porque envejecemos y se puede desfigurar nuestro rostro.

El miedo más o menos explícito es el de perder la identidad propia. Mi experiencia es que cuanto más conozco por trabajo o por acompañamientos a otras familias religiosas más amo y me identifico con la mía. Por tanto, no solo no se pierde la propia identidad, sino que se arraiga más en la raíz carismática identitaria. También se aprende que no tenemos excesivas diferencias, que en lo fundamental somos muy semejantes, por no decir iguales. La centralidad de la persona de Jesús, el Evangelio y el envío pueden variar los campos de misión, pero desde todos los ángulos se busca la entrega en favor de la ayuda a las personas.

Cuando repaso ya mis largos años en la congregación de las Hijas de Jesús -la mía- y veo con cuántas congregaciones he trabajado, he convivido, he compartido misión y acompañamiento, no puedo menos que agradecer por su enriquecimiento, ya que han ayudado a definirme con mi propio carisma.

Cuando he asistido a fiestas, a entierros, a duelos, a jubileos y a celebraciones, he conocido fundadores y fundadoras, historias, detalles y matices de tan diversas congregaciones, que me he sentido parte de una familia amplia. Nunca he pensado salir de mi congregación e ir a otras, pero insisto en que no tendría problema de ser fusionada o sumada a otra.

En todo caso se da un modo de relaciones que van tejiendo una identidad más amplia que la propia; pero lo mismo sucede con laicas y laicos, personas casadas, solteras, divorciadas, heterosexuales y homosexuales. Es mucho más lo que nos une. ¿Por qué no valorarlo y hacerlo crecer? Defendemos lo propio desde dentro como si quisiéramos blindarnos, y a esa cerrazón la llamamos fidelidad y a veces añadimos creativa. Cuando para que exista tal fidelidad ha de ser dinámica y ahí sí, la creatividad a la escucha de la Ruah, abre posibilidades insospechadas.

La mística de ojos abiertos se nos impone hoy. La mirada ha de estar atenta a lo que sucede en nuestro mundo, a los signos de los tiempos. Además, la Iglesia está clamando por la sinodalidad



Y sin embargo, seguimos con esa mentalidad de tener una mirada curvada sobre nosotras/os, carisma, obras, centros, grupos de laicas/os, vocaciones. Así caminamos con mentalidad de propiedad privada cuando lo genuino de los carismas es expandirse.

Si nos preguntamos qué harían hoy nuestras fundadoras y fundadores, tal vez darían la vuelta a lo que pusieron en marcha. Nosotras/os hemos actuado marcando diferencias, celosos de nuestro ser identitario, con sospecha frente a la apertura, como si representara una pérdida del propio ser carismático, cuando es a la inversa. Este afán nos hace autodefendernos, blindarnos, en relación con los demás.

La intercongregacionalidad es un camino de futuro para la Iglesia y el mundo, no solamente porque vayamos descendiendo en número y fuerzas, sino porque este tema está en el núcleo de la Eclesialidad. Es una común-uniión real y efectiva entre los diversos institutos.

### 3. En una Iglesia sinodal

De nuevo en este punto tenemos que volver al Concilio Vaticano II, porque lo que ahora conocemos como sinodalidad tuvo allí su punto de partida, mejor dicho, su inspiración del Espíritu Santo. A lo largo de estos años de andadura post-Vaticano II ha habido muchos cambios y ahora ha llegado el momento de despertar esos sueños que se iniciaron y que fueron quedando adormecidos por causas diversas que no es momento de analizar.

Se habló de una Iglesia pueblo de Dios y comunidad de comunidades; se pasó de una concepción jerárquica piramidal a una más horizontal o circular; se habló de la unión íntima de la Iglesia con la familia humana universal. Problemas, dificultades, gozos y esperanzas de la humanidad son asumidos por la Iglesia, que comienza a dar una sintonía entre ambas realidades.

Ya en el año 2002 recibimos un documento donde se nos invitaba a un compromiso renovado y a vivir de una determinada manera nuestros carismas no cerrados en los Institutos propios, como se indica a continuación:

*La comunión que las consagradas y consagrados están llamados a vivir va más allá de la familia religiosa o del propio Instituto. Abriéndose a la comunión con los otros Institutos y las otras formas de consagración, pueden dilatar la comunión, descubrir las raíces comunes evangélicas y juntos acoger con mayor claridad la belleza de la propia identidad en la variedad carismática, como sarmientos de la única vid. Deberían competir en la estima mutua (Rm 12, 10) para alcanzar el carisma mejor, la caridad (1Co 12, 31).*

Ahora nos fijamos en la Vida Religiosa como parte de esta Iglesia sinodal y de la humanidad de esta época histórica. Comenzamos por recordar que el papa Francisco a los pocos meses de iniciar su pontificado nos dejó una gran encíclica donde se recogen afirmaciones muy profundas y muy estimulantes para la Vida Religiosa que no pueden dejar de comprometernos, la Encíclica *Evangelii Gaudium*.

Esos textos que hemos señalado y otros muchos nos indican por dónde debemos caminar de modo sinodal, es decir, en apertura, en participación, en colegialidad. Recordemos que aunque el término y el concepto de sinodalidad no se encuentre explícitamente en la enseñanza del Concilio Vaticano II, se puede afirmar que la instancia de la sinodalidad se encuentra en el corazón de la obra de renovación promovida por él.



En efecto, la eclesiología del Pueblo de Dios destaca la común dignidad y misión de todas/os las/os bautizadas/os en el ejercicio de la multiforme y ordenada riqueza de sus carismas, de su vocación, de sus ministerios. El concepto de comunión expresa en este contexto, la sustancia profunda del misterio y de la misión de la Iglesia, que tiene su fuente y su cumbre en el banquete eucarístico. Este concepto designa la *res* del *Sacramentum Ecclesiae*: la unión con Dios Trinidad y la unidad entre las personas humanas que se realiza mediante el Espíritu Santo en Cristo Jesús.

La sinodalidad, en este contexto eclesiológico, indica la específica forma de vivir y obrar (*modus vivendi et operandi*) de la Iglesia Pueblo de Dios, que manifiesta y realiza en concreto su ser comunión en el caminar juntas/os, en el reunirse en asamblea y en el participar activamente de todos sus miembros en su misión evangelizadora.

Como podemos ir viendo a lo largo del tiempo y sin pretender un recorrido exhaustivo en el tiempo postconciliar, los pasos dados nos traen al momento presente donde quizá podemos hacer la lectura de la intercongregacionalidad, ya que nos sentimos debilitados de fuerzas. Pero si tuviéramos muchas vocaciones, jóvenes, seguiríamos anclados en nuestras propias familias religiosas. Los carismas nos empujan a salir, a ir a las fronteras, a perseguir los sueños con otras y otros.

Quienes han sido pioneros en ser evangélicos, han sido nuestras/os fundadoras/es. Mujeres y hombres que salieron de sí, por una inspiración que los llevó a verdaderas y aparentes locuras. No tenían todos los medios, ni muchas vocaciones, ni fuerzas, más bien se comprendía que solo podía ser del Espíritu el hecho de abrir caminos a tientas.

La Iglesia sinodal tiene algunas características que nos ayudan en el tema de la intercongregacionalidad:

*La sinodalidad invita a ser Iglesia de comunión: La Iglesia de comunión es una Iglesia que promueve y celebra la diversidad como parte de la creación riquísima de Dios. Es una Iglesia fiel al encuentro entre distintos por medio de la fe en el diálogo ecuménico e interreligioso, intercultural y de cruce de saberes. La Iglesia de comunión se construye gracias al discernimiento en común pues este está al servicio de la unión de ánimos en la comunidad. Como el amor de Dios Trino que articula en sí la unidad en la diversidad y la diversidad en la unidad.*

#### 4. ¡Conclusión inacabada, pero... urgente!

Llevamos mucho tiempo hablando de intercongregacionalidad y no damos pasos o lo hacemos cuando ya estamos en situación límite. ¿Por qué no nos anticipamos a los tiempos que no vienen?, ya están aquí, como dice el poeta:

*“Hoy es siempre todavía, toda la vida es ahora. Ahora es el momento de cumplir las promesas que nos hicimos. Porque ayer no lo hicimos, porque mañana es tarde. Ahora”.*

Este cambio de época no es ajeno al Espíritu de Dios que abarca todo lo que nos sucede en el mundo. La fidelidad a los propios carismas nos exige esta dinámica de escucha y respuesta a lo que Dios nos va inspirando.



Creo que será bueno recordar algunos puntos para no demorar esta tarea que aparece como urgente ante un mundo que necesita ser cuidado y la Vida Religiosa debe ser experta en humanidad, por tanto, aliviadora de tantos dolores.

Pero cada institución por separado no es posible que pueda realizarlo.

### Para ello necesitamos:

- Discernimiento en común, con visión apostólica, lo cual requiere una profunda espiritualidad amasada en el silencio y la oración.
- Una formación permanente desde diversos puntos de vista y por tanto de varias disciplinas.
- Preguntarnos con gran honestidad al interno de nuestras instituciones ¿qué nos impide caminar en esta dirección?
- Entrar en diálogo con congregaciones más afines en espiritualidad e ir haciendo camino de discernimiento conjunto.
- Campos de misión similares a los que podremos servir mejor.
- Tener en cuenta esta dimensión en los planes de formación, no solamente para los años iniciales sino como forma de vida.
- Ayudarnos de las buenas prácticas que ya se están haciendo en Europa o en América Latina.
- Escuchar las mociones interiores para dar pasos con audacia y atrevimiento; la fragilidad no puede ser excusa ni obstáculo real.
- Cerrar obras y casas, reducir presencias, por causas que aparecen como irremediables, no puede ser el único camino. Mantener un rostro vivo y dador de vida, exige a la Vida Religiosa abrir otros escenarios para poder seguir soñando. Hay muchas fronteras que nos esperan. Vayamos a ellas, pero no solas, somos protagonistas de una página de la historia de la que se nos pedirá cuenta.
- Escribo en la octava de Pascua y quiero terminar con palabras del papa Francisco en la Vigilia, que me resultan iluminadoras:

***“Ir a Galilea significa: empezar de nuevo, recorrer nuevos caminos y además ir a los confines”.***